

Se halló otra vez, absorto y confundido.
 En el humilde lecho de su celda
 Postrado estaba el misero, y los monjes
 Con solícito afán le rodeaban.
 Incorporóse con terror, clavando
 En ellos la mirada escrutadora,
 Como el que, salvo del peligro, empieza
 A darse cuenta de él—¿Dónde estoy, dónde?—
 Tímido preguntó, Sereno y grave
 Llegósele el Guardián:—Dad, hijo mío,
 Gracias á Dios—le respondió apacible—
 Que os apartó del borde de la fosa.
 Habeis estado como muerto.—Y muerto
 Estuvel ¡oh Padre!—el infeliz repuso—
 ¡Ya no soy lo que fuí! Pesa en mis hombros
 La grosera cogulla, y me avergüenza
 Mi antigua sumisión. ¡Rompo mis lazos
 ¡Cobro mi libertad! ¡Nazco á la vida!
 —Calla, blasfemol—el superior gritóle
 Con alterada voz, mientras dudosos
 Los frailes se alejaban repitiendo:
 —¡Loco debe de estar!—Mudo y sombrío
 Incliné el triste la rugosa frente
 Y quedó en su dolor como abismado.
 Hasta que al fin alzando de improviso
 La vista hácia el Guardián, que al pié del lecho
 Con paterna inquietud le contemplaba,
 —¡Padre,—le dijo—el hábito me quema
 Y le arranco de mí! ¡Dios me ilumina!—
 Despavorido y trémulo el anciano
 Con voz entrecortada por el lloro,
 —¿Qué intentas, di?—le preguntó.—Y el fraile
 Irguiendo la cabeza en són de lucha,
 —¡Vencer á Roma!—contestó.—¡Eso quiero!—
 El venerable religioso entonces
 Tendió sobre él la mano temblorosa
 Y con torvo ademán gritó:—¡Anatemal
 Ya que indomable orgullo te desliga
 De nuestra santa fe, ¡siglos y siglos
 La maldición del cielo te persiga!

LA PESCA.

I.

Cuántas veces sentado en tu ribera,
 ¡Oh mar! como si oyera
 La abrumadora voz de lo infinito,
 Ha despertado en la conciencia mía
 Honda melancolía,
 Tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio:
 El poderoso imperio
 Que la tierra asoló con sus batallas;
 Hasta los dioses que de polo á polo
 Temidos son; tú sólo
 Sientes rodar los siglos, y no callas.

III.

No callas, y hasta al alto firmamento
 Sube tu ronco acento,
 Y cuando revolviéndote en ti mismo
 Ruges furioso, en tus entrañas late
 El horror del combate
 Que empeña el huracán con el abismo.

IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,
 El pensamiento humano
 Como tú grande, como tú profundo,
 Que alzando sin cesar su voz de trueno,
 Forja en su ardiente seno
 Las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!..
 ¿Qué hiciste de las naves
 Con que surcó tu inmensidad, la aciaga
 Y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
 Como el mortal olvido
 Tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo perece en ti sin dejar huella
 El barco que se estrella
 Contra el peñon, la armada que devoras,
 Los continentes que iracundo invades,
 Las sordas tempestades
 Que avanzan en tus olas bramadoras.

VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinas,
 Mantiene en pie las ruinas
 Que las ciegas catástrofes dejaron.
 Tú, con dèden soberbio, las rechazas:
 Por ti pueblos y razas
 Como sombras efèmeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,
 Sólo tu voz resistió:
 Tu acento fué, como clamor de guerra,
 El que la humanidad oyó primero,
 ¡Ayl y será el postrero
 Que en su agonía escuchará la tierra.

IX.

Pero más, mucho más que cuando inmolas
 Y abismas en tus olas
 La insolencia del fuerte á quien humillas
 Mi espíritu conturbas y enajenas
 Con las tristes escenas
 Que esparcen el terror en tus orillas.

X.

No lejos de un peñon agrio y salvaje
 Que con recio oleaje
 El cantábrico mar bate y socava,
 Al través de los árboles blanquea
 Casi ignorada aldea,
 Sobre la costa inabordable y brava.

XI.

Mirando al mar de frente al Oceano,
 Que sacudiendo en vano
 La roca estéril sin cesar se agita,
 El horizonte corta y se alza enhiesta
 Sobre la calva cresta
 Del picacho granítico, una ermita.

XII.]

¡Con qué placer la gente pescadoras,
 Que al despuntar la aurora
 Por entre escollos á la mar se lanza,
 Del sol poniente al último vislumbre,
 Ve lucir en la cumbre
 Aquel faro de amor y de esperanzal

XIII.

Quando, salvo de innúmeros azares,
 Torna á los patrios lares
 El marinero audaz ¡con qué alegría,
 Con qué ferviente fe, descalzo y roto,
 Corre á colgar su voto
 En aquel pobre templo de María!

XIV.

¡María! que del piélago y del alma
 Las tempestades calma;
 Que recoge en sus brazos y consuela
 Al náufrago del mar y de la vida
 Bálsamo á toda herida,
 Puerto á toda aflicción. ¡*Maris stella!*

XV.

Desde el peñon desnudo y solitario
 Que el blanco santuario
 Con su apacible majestad abruma,
 Contempla por do quiera la mirada
 La costa acantillada
 Donde se estrella con fragor la espuma.

XVI.

Y al dilatarse por el mar, divisa
 En la línea indecisa
 Do se juntan las nubes y las olas,
 Raudó vapor, que con la crin al viento,
 Acelera el momento
 De arribar á las costas españolas.

XVII.

Luego, á medida que la luz desmaya,
 Con rumbo hácia la playa
 Cuyos contornos borra la neblina,
 Se ven llegar las pescadoras naves,
 Como tímidas aves
 Que al nido vuelven, cuando el sol declina.

XVIII.

El faro, al descender la noche oscura,
 En la empinada altura
 De negro promontorio centellea,
 Y su destello intermitente oscila
 Cual la roja pupila
 De un Titán, que en las sombras parpadea.

XIX.

Están, desde la cúspide del monte,
 El mar y el horizonte
 A la absorta mirada siempre abiertos,
 Y al otro lado, en la vertiente opuesta
 De la escarpada cuesta,
 Reclinado el lugar entre sus huertos.

XX.

Silvestre hayas y robustos pinos
 De los cerros vecinos
 Orlan y ciñen la brumosa frente,
 Por cuyas quiebras rueda y se desata,
 Como líquida plata,
 El sonoro raudal de alguna frente.

XXI.

Y allí, donde de pronto se despliega
 La pintoresca vega,
 Siguiendo los contornos desiguales
 De la verde montaña, resguardado
 Por el peñón tajado
 De recios y furiosos vendavales;

XXII.

Bajo el amparo de la Iglesia santa,
 Sobre la cual levanta
 Sencilla cruz sus brazos redentores,
 Sin que la sed de la ambición le aflija,
 Humilde se cobija
 Aquel pueblo de honrados pescadores.

XXIII.

Por entre los repliegues de una loma,
 Rústico albergue asoma
 Al margen de un arroyo cristalino,
 Cuyo limpio caudal, abriendo calle
 Por el fondo del valle,
 Mueve después las piedras de un molino.

XXIV.

Fresca arboleda en sus orillas crece,
 Y cuando el viento mece
 Con leve impulso sus tupidas frondas,
 Parece, reflejándose en el río,
 Que el ramaje sombrío
 En el espacio tiembla y en las ondas,

XXV.

Junto al arroyo que la miendo pasa
 Las tapias de la casa,
 Un joven pescador de piel curtida
 Por el viento del mar, áspero y rudo,
 Iba nudo por nudo
 Recorriendo su red, al sol tendida,

XXVI.

Para coger los puntos de la malla,
Que en su postrer batalla
Rompió, saltando el pez, vencido y preso
En la jornada del pasado día,
Cuando la red crujía
De la copiosa pesca bajo el peso.

XXVII.

Agraciada mujer, viva y morena,
En la ingrata faena
Le acompañaba, y con secreto gozo,
A menudo, ligera como el rayo,
Mirándole el soslayo
Orgullosa pensaba:—¡Es un buen mozo!—

XXVIII.

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,
En el redondo seno
Que el ceñido jubón reprime y tapa,
Suspendiendo de pronto su trabajo,
Decía por lo bajo
Con aire vencedor:—¡Es que eres guapa!—

XXIX.

Entonces, dibujandose indecisa
En sus labios la risa,
Contemplábase, muda de embeleso,
La dichosa pareja enamorada,
Y era aquella mirada,
Una promesa, una caricia, un beso.

XXX.

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,
Como su nombre, hermosa:
Arde en sus ojos del placer la llama.
Su fresca boca, que al halago brinda,
Es dulce cual la guinda
Que el pájaro voraz pica en la rama.

XXXI.

No tiene la blancura de la nieve,
Que se deshace en breve:
Negros sus ojos son, negro el cabello
Competir en su rostro parecía
La noche con el día;
Pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

XXXII.

Cayó en las redes de su amor cautivo
Miguel, el más activo
Y arriesgado patrón de aquella playa,
Que ágil en el timón, fuerte en el remo,
En el peligro extremo
Ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya

XXXIII.

Adiestrado en el improbo ejercicio
De su penoso oficio,
Por la abierta camisa muestra el pecho
De fuerte y musculosa contextura,
No á la molicié impura,
Sino á las fieras tempestades hecho.

XXXIV.

Bajo su tosca y natural corteza
Oculta la nobleza
De un corazón resuelto, pero sano.
Tan sólo Rosa conquistó la palma
De someter un alma,
Que no logró domar el Océano.

XXXV.

Santificó su paz y su ventura
La bendición del cura.
Tres meses hace que al sagrado lazo
La ya vencida voluntad rindieron,
Tres meses, que se dieron
El primer beso y el primer abrazo

XXXVI.

Nunca vió la cantábrica montaña,
Honor y prez de España,
Dos almas en sus gustos más unidas,
Ni con casto ardor el himeneo
En un mismo deseo
Fundió dos corazones y dos vidas.

XXXVII.

En su hogar deslizábanse veloces
Las horas y los goces.
Ignoraba los usos cortesanos
Su amor tan inocente como vivo:
Pero el beso furtivo,
La franca risa, el apretón de manos,

XXXVIII.

El íntimo y verboso cuchicheo,
Semejante al gorjeo
De alegres aves, el falaz desvío
De que mimada joven alardea,
Sólo el tiempo que emplea
En decir su amador:—¡Dulce bien mío!—

XXXIX.

La voz, el gesto, la expresión, el modo
De contemplarse, todo
Trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma
Por inculto que sea y por grosero,
Para el amor sincero
No es tierno como arrullo de paloma?

LX.

Juntos en deleitable compañía
Trabajan á porfía
Repasando la red, y tan molesta
Como pesada operación sazóna
La burla retozona,
La aguda chanza ó la atrevida fiesta.

XLI.

Reconcentrados en su amor profundo
¿Qué les importa el mundo?
Los sueños de ambición dan al olvido.
A su cariño sin temor se entregan
Y juegan, como juegan
Los pájaros incautos en su nido.

XLII.

No lejos, en el término de un prado
Donde manso ganado
Con la hierba otoñal su gula aplaca,
La madre de Miguel, limpia y risueña,
Tranquilamente ordeña
Las llenas ubres de fecunda vaca.

XLIII.

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ellos
Tan jóvenes, tan bellos
Y tan rendidos á su mutuo encanto,
Los dulces ojos, que la edad apaga,
Y por sus labios vaga
Leve sonrisa, tierna como el llanto.

XLIV.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,
A quien tan sólo deja
Vanias memorias la cansada vida,
Con qué intenso y profundo recogijo
Siente y ve en aquel hijo
Reverdecer su juventud perdida!

XLV.

Él la hace recordar tiempos mejores,
Con sus castos amores,
Sus ansias, sus placeres y congojas,
Es como tronco roto, que aún resiste,
Y el mes de mayo viste
De nuevas ramas y de nuevas hojas.

XLVI.

Fijóse en ella embebecido el mozo,
Y desbordando el gozo
Que en sus plácidos ojos centellea,
Dijo, llamando la atención de Rosa:
—Mírala qué hacendosa
Y entretenida está. ¡Bendita sea!

XLVII.

—¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices! —
Rosa exclamó:—Bien dices—
Respondióla Miguel:— ¡Quieran los cielos
Para colmar la dicha de esa anciana,
Concederle mañana
Inocentes y hermosos netezuelos! —

XLVIII.

La joven, con el seno palpitando,
Mostrando en su semblante
El vívido color de la amapola,
Al cuello se colgó de su marido,
Y murmuró á su oído
Una tímida frase ¡una tan solal

XLIX.

Mas de poder tan penetrante y hondo,
Que removi6 hasta el fondo
El alma de Miguel, como la ardiente
Lumbre del sol que las campiñas dora
Hace, germinadora,
Estallar en el surco la simiente.

L.

—¡Madrel ¡madrel!—gritó falto de aliento
Y pronta al llamamiento,
Con creciente ansiedad la anciana vino.
—¿Qué es esto?—preguntó sobresaltada.
—¿Qué es esto? ¡Pues es nada!—
Contestóle Miguel fuera de tino.

LI.

—¡Que avanza mi ventura á toda vela!
¡Que vas á ser abuelal
¡Que mis sueños de amor alcanzo y tocol—
Y hablada cada vez menos tranquilo,
Levantándola en vilo,
Locuaz y descompuesto como un loco.

LII.

Por fin la anciana desasirse pudo
Del apretado nudo,
Y no vuelta del pasmo todavía,
Haciendo á Rosa malicioso guiño,
Con maternal cariño,
—¡Ah bobol!—prorrumpió—¡si lo sabíal

LIII.

Y no cabiendo el júbilo en su pecho
En íntimo, en estrecho,
En entrañable abrazo confundidos,
Mezclaron sus sencillos corazones,
Anhelos, ilusiones,
Lágrimas, esperanzas y latidos.

LIV.

Como de la fortuna en el mareo,
Se anticipa el deseo
Con sus alas de rosa al bien distante,
Miguel dijo soñando:—Si no muda
El tiempo, y Dios me ayuda
La pesca del atún sera abundante.

LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,
A Castro.... ¡no! á la corte
Iré en seguida, y si en las tiendas hallo
Cosa de gusto, volcaré el bolsillo,
Y le traeré un hatillo
De príncipe... ¡y un sable!... ¡y un caballo!—